

Los caminos de don Andrés

GABRIEL CORCUERA

La década del 50 fue compleja. La Segunda Guerra recién había terminado y era reemplazada por la Guerra Fría y la de Corea. Muchos pueblos aún colonizados estaban en plena lucha para lograr su independencia. La Unión Soviética, bajo el duro gobierno de Stalin, procuraba someter a otros pueblos. El comunismo (calificado entonces como perverso y ateo) irradiaba con fuerza su política de destrucción de las estructuras tradicionales. En Chile era la época del general de la Esperanza y de la Escoba. Regía la Ley de Defensa de la Democracia, que proscritó al comunismo y se discutía sobre la nueva ley de elecciones que establecía la cédula única para eliminar el cohecho.

Los conflictos religiosos, principalmente en lo referente a la educación, tenían sus principales víctimas en los alumnos, que no entendían esta absurda lucha por imponer a la fuerza una idea, todo en nombre de la democracia. Masones y católicos eran adversarios irreconciliables; los comunistas, por su parte, parece que favorecían la disputa entre ambos bandos. En todo caso, para los católicos, especialmente para aquellos que aún éramos niños, los masones y los comunistas eran seres muy peligrosos y nuestras oraciones estaban principalmente destinadas a solicitar al Creador que les diera la Gracia de ver la verdad.

Sinceramente teníamos miedo de estas personas que querían una organización social en la cual nosotros no teníamos cabida. No me cabe duda ahora que los hijos de los masones y de los comunistas pensaban lo mismo de nosotros.

En medio de este panorama, todavía preconciliar y mucho antes de la *perestroika*, había en Antofagasta un curioso personaje. En cada esquina, poseedor del don de la ubicuidad, estaba siempre don Andrés conversando, de a uno, con todos



Andrés Sabella.

los habitantes de la ciudad. Bajo su brazo siempre tenía libros, papeles y artefactos, en un increíble desorden y apenas afirmados. Gesticulaba, argumentaba, convenía.

A veces, publicaban en el diario su fotografía en actos que llamaban *zafarranchos* de la Hermandad de la Costa; vestía ropajes de pirata, con un ojo tapado y eso nos confirmaba su fama equívoca, pues se decía que era comunista.

En nuestra mente de niños aquello era extraño, pues, a pesar de esas raras historias, lo veíamos frecuentemente en el colegio de los jesuitas, en la universidad, y era amigo de todos. Algunos aseguraban que era católico, lo cual era un contrasentido.

Pasaron los años y en plena época de la Unidad Popular lo vimos en algunos de sus afanes literarios.

Un niño más el mar fue la obra que le regaló a Chile en esos tiempos, que no fueron sino el epílogo de las luchas e intransigencias que recordábamos al principio. Al reco-

rrer Santiago se debía de ver tristeza y desorden, hambre, angustia y rabia. Pensé, decía, que el comunismo era alegría, era compartir. Había escrito que "El Cristo de los mendrugos construye con suadero la mesa de los hambrientos".

Su preocupación por los pobres era evidente cuando definía la miguita de pan como un "fragmento del cielo perdido en la mesa, corazón pequeño de nube y quimera".

Por eso fue aleccionadora su conclusión inoquivoca al decir que el comunismo, para él, era una ronda de niños que cantaba a la vida con palabras de Gabriela y música del cielo. Creo, dijo, al ver la pobreza y la angustia del pueblo, que yo soy un comunista momio.

La historia que sigue es conocida. Andrés Sabella dio testimonio de su profunda fe en el ser humano y empleó en ello todas sus energías.

Amó a su norte como Neruda al sur; fue formador de juventudes; resistió el embate desigual de las fuerzas que le temen a la inteligencia y entregó su vida por ello. Su gran consuelo fue reencontrarse realmente con su destino y poder conciliar sus ideas políticas con sus profundos sentimientos religiosos. Al final de su vida estaba satisfecho, aunque le dolía no poder ya tomar un vaso de vino con los amigos. Lo hizo sí, horas antes de su muerte, en su último *zafarrancho*.

Su funeral, hace ya dos años, fue símbolo de su lucha permanente, pues sus amigos, su partido, su iglesia, la ciudad toda, lo acompañaron en su última aventura, que fue una fiesta del espíritu libre y solidario; una fiesta para el hombre que pudo decir:

Yo vivo para un tiempo en que la estrella mostrará sus sueños para un tiempo que no sea propiedad de la muerte.

Yo vivo para entonces: el trigo cabrá en todas las miradas, los pies tropezarán con la alegría.

La que, to... 11-2... 1. 23 000184795

Los caminos de don Andrés [artículo] Gabriel Corcuera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Corcuera, Gabriel, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los caminos de don Andrés [artículo] Gabriel Corcuera. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile